¿Cómo aprenden los que enseñan?

Por Patricia Petrazzini, Lorena Luft y Noelia Kleiner

Docentes e investigadoras en formación en el campo de la educación y la práctica docente.

Eternas aprendices...

Introducción:

Querer aprender es el primer paso hacia el desarrollo profesional continuo y efectivo. Implica un compromiso personal con el crecimiento y la mejora constante en nuestra área de especialización. **Dedicar tiempo** a este proceso es fundamental. No solo implica horas invertidas, sino una dedicación consciente a explorar y adquirir nuevos conocimientos.

En este contexto, resulta muy importante, a**nalizar las propias necesidades de aprendizaje** se vuelve esencial en el contexto profesional actual. ¿Qué habilidades y conocimientos son más pertinentes y necesarios para prosperar en nuestra profesión? Este autoanálisis nos guía hacia áreas prioritarias de desarrollo.

Crear un entorno personal de aprendizaje (PLE, por sus siglas en inglés) se revela como una estrategia efectiva. Este entorno, compuesto por herramientas digitales, recursos educativos y redes profesionales, facilita la organización y acceso a información relevante y actualizada.

Buscar mentores también es fundamental. Colaborar con personas especializadas y colegas nos proporciona orientación práctica, y también enriquece nuestra comprensión a través de perspectivas diversas y experiencias compartidas. En conjunto, todos estos elementos promueven un aprendizaje efectivo y muy adaptativo, fortaleciendo nuestra capacidad y preparándonos para enfrentar los desafíos cambiantes de nuestra profesión con confianza y competencia.

Como sostiene Cobo, C. y Moravec, J. (2011), *"el **aprendizaje invisible** remite a aquellos procesos de adquisición de conocimiento que, aunque no sean reconocidos por las formas tradicionales de enseñanza, son profundamente transformadores, ya que surgen de la experiencia, el error, la experimentación y la colaboración"*. En ese sentido, aprender mientras enseñamos nos transforma y nos desafía constantemente.

La práctica - Experiencia

"Lo que aprendemos con el cuerpo, no lo olvidamos con la mente".

(António Damásio)

Enseñar ciencias agropecuarias no es simplemente transmitir conceptos; es poner el cuerpo en el conocimiento. Es caminar el suelo que nombramos, tocar la semilla que explicamos, sufrir con la siembra que no germina. La práctica, en este campo, no es un complemento: es el aula expandida. Es en el barro, en la lluvia, en el sol de las 2 de la tarde donde lo didáctico se vuelve experiencia.

Pero no es fácil. Evaluar un ensayo práctico conlleva una carga emocional y cognitiva mucho más intensa que corregir una respuesta escrita. Nos enfrentamos a imprevistos que nos fuerzan a salir del libreto.

Cuando una plantación no prospera, no es solo un fallo técnico. Es una situación que toca emociones: frustración, duda, incluso culpa. Y ahí, también, hay aprendizaje.

La neurociencia nos ayuda a entender por qué estas experiencias son tan formativas. Antonio Damasio, al hablar del "marcador somático", nos muestra que las emociones están profundamente implicadas en la toma de decisiones y en la memoria de largo plazo. Aprendemos más —y mejor— cuando lo que vivimos nos conmueve. ¿Y qué hay más conmovedor que un proceso que sale mal… y aún así nos enseña?

Así, la práctica se convierte en un espacio de reflexión y transformación. Tal como lo plantea Rebeca Anijovich, la práctica situada permite desarrollar competencias que ningún libro puede ofrecer: la capacidad de adaptarse, de actuar en la incertidumbre, de responder con criterio a lo imprevisto. Aprender a enseñar ciencias agropecuarias es también aprender a tolerar la falta de control, a convivir con la complejidad y a encontrar belleza en el ensayo y error.

Experiencia:

Utilizar la enseñanza por indagación en agronomía, al estilo de Melina Furman, significa transformar contenidos en preguntas que inviten a descubrir. Por ejemplo, en lugar de enseñar directamente la densidad de plantación, se puede plantear: ¿Qué pasa si sembramos las plantas más juntas o más separadas? Esta pregunta abre la puerta a la observación, al diseño de experiencias, al registro de resultados y a la construcción colectiva del conocimiento. Los estudiantes no solo aprenden contenidos, sino también cómo pensar científicamente. Y el docente, al acompañar este proceso, también aprende: afina su capacidad de escucha, de reformular preguntas, de leer los errores como oportunidades y de maravillarse con descubrimientos que surgen del trabajo compartido. En este enfoque, enseñar y aprender son actos profundamente conectados.

Trabajo en equipo y en red con otras instituciones (Comunidades de aprendizaje)

Aprender con otros, tejer redes, construir saberes.

"Si quieres, puedes descubrir en la vida muchas cosas que este mundo te está ofreciendo. Puedes detenerte en esa inmensa variedad de sonidos, colores, rostros y situaciones que tienen mucho para enseñarte. Para eso sólo es necesario que tengas apertura, que tu corazón esté dispuesto y tu mente no se encierre en sí misma" (Fernández, 2012).

El trabajo en equipo y en red es una pieza clave en el desarrollo profesional docente. Colaborar con colegas, dentro y fuera de nuestra institución, nos permite aprender desde otras miradas, compartir saberes y enriquecer nuestras prácticas pedagógicas.

Este aprendizaje puede darse en proyectos interdisciplinarios, interinstitucionales o interregionales, cuando nos embarcamos en una tarea común que nos necesita mutuamente para alcanzar una meta compartida. Esa búsqueda genera sinergia: aprendemos más, mejor y con otros. Y, además, sostenemos un ambiente de crecimiento profesional y apoyo mutuo.

Pero trabajar colaborativamente no es algo que ocurra de manera espontánea. Requiere disposición, apertura a la retroalimentación, negociación de sentidos, argumentación, escucha activa, es decir, pone en juego procesos metacognitivos y sitúa el aprendizaje como un proceso profundamente sociocognitivo.

Cuando logramos sostener estas dinámicas en el tiempo, se configuran comunidades de práctica: "grupos de personas que comparten una preocupación o una pasión por algo que hacen y aprenden a hacerlo mejor

a través de la interacción regular" (Wenger, citado en CEAD, s.f.). Estas comunidades, a su vez, van conformando una cultura del aprendizaje en red.

En este sentido, Siemens (2005) afirma que "la colaboración a través de redes puede ampliar el conocimiento más allá de lo que uno podría lograr por sí solo". Y desde la perspectiva de Deleuze y Guattari (2001), estas formas de colaboración generan pensamiento rizomático; un entramado vivo, horizontal y heterogéneo, sin centro ni jerarquías fijas, que se ramifica, se reinventa y se extiende a nuevos territorios, generando siempre nuevas posibilidades.

Hoy, las TIC y la inteligencia artificial también habilitan nuevas formas de trabajo en red. Como señala Maggio (2023), permiten a los docentes experimentar, jugar, decidir y co-diseñar propuestas significativas, generando conocimiento situado en lugar de reproducir recetas diseñadas por otros. Esta posibilidad de co-crear con estudiantes, comunidades u otras organizaciones amplía los márgenes de la enseñanza y refuerza su dimensión colectiva y contextual.

La construcción colaborativa de conocimiento, entonces, no solo se apoya en las capacidades individuales, sino que promueve la participación social, el reconocimiento del otro como fuente de saber y la mejora continua de nuestras intervenciones docentes. Es, también, una forma de romper con el aislamiento profesional.

Experiencia:

En nuestra práctica cotidiana lo vivimos así: Estamos inmersas en múltiples proyectos que nos convocan a trabajar colaborativamente, desde acciones institucionales como actos escolares integrados por estudiantes y docentes del mismo campo de formación, hasta experiencias interinstitucionales como la jornada por el Día Mundial del Medio Ambiente, co-diseñada y gestionada entre el PROCAyPA y la Municipalidad de Capioví, o el Encuentro de Residentes del PESA junto con el PUCA de la Facultad de Ciencias Forestales de la UNaM.

Estos proyectos, más que tareas puntuales, se convierten en verdaderas comunidades de práctica; soñamos, planificamos, gestionamos y evaluamos en conjunto. Y año a año, esos procesos nos permiten revisar errores, mejorar propuestas y crecer, no solo como profesionales, sino también como personas. Docentes, estudiantes y no docentes nos transformamos en el hacer compartido, porque, en definitiva, cuando enseñamos y trabajamos con otros, también estamos aprendiendo.

Reflexión y retroalimentación permanente

"Reflexionar sobre lo que hacemos nos permite mirar con otros ojos y abrir nuevas preguntas, incluso sobre lo que creemos que ya sabemos."

Inés Dussel (2007)

Reflexionar sobre nuestras prácticas nos ayuda a identificar qué funciona y qué no, permitiéndonos hacer los ajustes necesarios. Para esto, la retroalimentación de los estudiantes es indispensable, ya que nos proporciona una visión directa de su experiencia y aprendizaje.

También aprendemos al compartir experiencias con colegas, abriéndonos a recibir retroalimentación sobre nuestro trabajo.

La reflexión es una herramienta valiosa para el autoconocimiento, ya que nos permite explorar y comprender nuestras emociones, pensamientos y comportamientos, haciéndonos más conscientes de nuestras fortalezas y debilidades,

Reflexionar sobre nuestras trayectorias escolares es igualmente importante. Al hacerlo, podemos identificar momentos y experiencias significativas que han moldeado nuestras creencias y prácticas como docentes.

Como afirma Anijovich (2009) “La práctica reflexiva implica una mirada crítica sobre la propia acción, que permite revisar decisiones, repensar intervenciones y construir saber pedagógico.”

Mi recomendación es que los docentes establezcan un momento fijo cada día o semana para la reflexión. Utilizar herramientas como diarios de reflexión, participar en grupos de diálogo con colegas y buscar activamente retroalimentación, son formas efectivas de integrar la reflexión en nuestra práctica diaria. Lo importante, es ser consistente y hacer de la reflexión una parte integral de nuestra rutina profesional.

Experiencia:

Quiero compartir una parte de mi historia personal que marcó profundamente mi forma de ver la educación.

Durante mi trayectoria escolar, no me iba bien. Sentía que no encajaba. La escuela tradicional, con sus métodos uniformes y su ritmo rígido, no estaba pensada para alguien como yo. Las clases eran largas, expositivas, llenas de teoría. Y yo... yo necesitaba moverme, tocar, experimentar, hacer. Necesitaba preguntar, hablar, observar. Pero eso, en ese momento, no era parte del aula. Entonces, crecí creyendo que no era buena para estudiar. Que no servía para eso.

Pasaron años hasta que pude romper con esa creencia. Y no fue por la escuela, sino por otras experiencias: talleres, grupos de trabajo, conversaciones, prácticas reales. Ahí descubrí algo fundamental: ***yo aprendo haciendo, dialogando, equivocándome, conectando con otros****. Me reconocí como una persona kinestésica, visual, curiosa. Y eso cambió todo.*

Hoy sé que tengo muchas potencialidades. Soy creativa, perseverante, disfruto aprender y trabajar con pasión. Y desde esa convicción elijo enseñar. Elijo mirar a mis estudiantes con empatía, sabiendo que cada uno tiene su propio modo de aprender. Que no hay una única forma correcta. Que nuestras aulas tienen que ser espacios diversos, flexibles, humanos.

Cuando una estudiante me dice: “Profe, no soy buena en esto”, me acuerdo de mí. Y entonces intento mostrarle que quizás solo necesita encontrar su forma. Que aprender no es repetir, sino descubrir. Construir. Equivocarse y volver a intentar.

Porque enseñar también es eso: abrir caminos que antes no vimos. Y aprender es, muchas veces, volver a creer en una misma.

Como dijo Howard Gardner, “no todos tenemos los mismos intereses, las mismas habilidades ni aprendemos de la misma forma” (Gardner, 1993). Y yo agrego: afortunadamente.

Formación permanente (Formal - No formal - Informal)

La formación permanente como acto de identidad

“Formarse no es acumular saberes. Es transformarse”.

(Paulo Freire)

No hay punto de llegada en nuestra tarea docente. La formación no termina con el título. La enseñanza cambia, el entorno cambia, nuestros estudiantes cambian… y con ellos, también debemos cambiar nosotros.

La formación permanente no es solo una obligación profesional: es una declaración de principios. ¿En qué decido formarme? ¿Por qué? ¿Qué me mueve? Estas preguntas son profundamente identitarias. En un mundo saturado de ofertas, elegir en qué capacitarme es también elegir qué docente quiero ser.

María Cristina Davini lo afirma con claridad: la capacitación continua permite la reflexión crítica sobre nuestra práctica y la adaptación a los nuevos desafíos. Pero para que esto no sea un mero cumplimiento burocrático, debemos hacer una pausa y mirar adentro: ¿formarme en qué? ¿Desde dónde? ¿Para qué escuela, qué estudiantes, qué comunidad?

Tal vez debamos empezar a elegir nuestras formaciones no solo con la mente, sino también con el corazón. Aquello que nos emociona tiene más posibilidades de impactar nuestro hacer. Y si formarnos implica un movimiento emocional —un deseo, una búsqueda, una incomodidad— entonces será también más transformador.

Porque enseñar agronomía no es solo transmitir técnicas. Es también ayudar a otros a habitar una manera de mirar el mundo: una mirada situada, crítica, ética y comprometida con la vida. Y para sostener esa tarea, necesitamos volver, una y otra vez, a aprender. A aprender con otros, a aprender de nosotros, y a dejarnos afectar por lo que aún no sabemos.

Experiencia:

"El camino de mi formación: sembrar en mí para poder sembrar en otros"

Mi formación comenzó en las ciencias agrarias, como profesora. En ese entonces, lo que me movilizaba era comprender los procesos del suelo, el crecimiento de las plantas, el ciclo productivo. Pero pronto me di cuenta de que enseñar no era solo transmitir contenidos, sino generar experiencias de transformación. Y así, nació en mí el deseo de profundizar en lo pedagógico.

Empecé la Licenciatura en Educación buscando nuevas herramientas, pero encontré algo más: preguntas. Preguntas sobre cómo se aprende, cómo se enseña con sentido, cómo se llega de verdad a otro ser humano.

Esas preguntas me llevaron a la investigación, y con ellas comencé la Maestría. Descubrí que estudiar tiene otro sabor cuando lo que uno aprende puede conectarse con la propia realidad. Lo vemos todos los días en nuestras aulas: cuando un estudiante logra vincular lo que enseñamos con su mundo, con su historia, el aprendizaje florece.

*Mi curiosidad me llevó más lejos: me formé como neuropsicoeducadora, impulsada por el deseo de diseñar clases **cerebralmente amigables**, donde la emoción tenga un lugar, donde se respeten los ritmos, donde enseñar no sea forzar, sino acompañar procesos internos.*

*Y también me formé en temas que no aparecen en ningún plan de estudios de agronomía, pero sí habitan mi ser docente: cocina consciente, gestión emocional, espiritualidad. Porque enseñar ciencias también puede ser un acto profundamente humano, cuando entendemos que **educar es atender a la integralidad del ser**.*

Este recorrido no fue lineal, ni planificado. Fue sembrado con preguntas, regado con dudas, abonado con encuentros y cosechado con aprendizajes. Y sigue… porque seguir formándome es también seguir transformándome.

La innovación

"*No todo cambio es innovación, y no toda innovación mejora la educación. Innovar exige revisar qué se enseña, cómo y para qué." (Dussel, 2011).*

Con mis compañeras, pensamos detenidamente en el orden en que debíamos abordar cada tema. Y aunque todos estos aspectos están interrelacionados y van de la mano, decidimos dejar la innovación para el final, porque para poder innovar se requiere de todo lo anterior. Primero, debemos tener en cuenta que innovar no se trata sólo de incorporar tecnologías. La verdadera innovación en la educación va mucho más allá y se trata de repensar nuestras prácticas pedagógicas desde la reflexión, de encontrar nuevas formas de enseñar y aprender, basadas en la formación continua y en el respeto a las necesidades profesionales y de nuestros estudiantes.

Como señala Inés Dussel (2011), "no todo cambio es innovación, y no toda innovación mejora la educación. Innovar exige revisar qué se enseña, cómo y para qué". Esta mirada crítica nos ayuda a comprender que innovar no implica solamente hacer algo diferente, sino hacerlo con sentido, con propósito pedagógico. En este marco, Melina Furman (2018) también destaca que "innovar en educación no es usar lo último, sino generar experiencias de aprendizaje más profundas, significativas y auténticas". Estas ideas refuerzan nuestra convicción de que la innovación educativa debe partir de un análisis profundo de nuestras prácticas, para poder transformarlas genuinamente.

En el contexto actual, no podemos hablar de innovación educativa sin considerar el impacto de las tecnologías emergentes, entre ellas, la Inteligencia Artificial. Esta tecnología está transformando las formas de enseñar, de aprender, de evaluar y de crear conocimiento. Más allá de su potencial técnico, lo verdaderamente valioso radica en cómo decidimos integrar la IA en nuestras prácticas. Utilizarla de manera crítica, ética y reflexiva es muy importante para que realmente potencie nuestras capacidades docentes y no reemplace aquello que nos hace verdaderamente humanos: la empatía, la creatividad, el juicio pedagógico, el vínculo con los otros.

Como señala Cristóbal Cobo (2020), "la inteligencia artificial no reemplazará a los docentes, pero sí cambiará profundamente su rol. Lo importante no será competir con la máquina, sino complementar lo que ella no puede hacer". Esto nos invita a repensar nuestro rol como mediadores del conocimiento y facilitadores de experiencias significativas, utilizando la IA como una herramienta estratégica que acompañe nuestros procesos de aprendizaje, investigación e innovación.

Experiencia:

Teniendo en cuenta esto, quisiera compartir una experiencia personal con ustedes. Hace un par de años, comencé a trabajar en el campo experimental de prácticas del profesorado y fue allí donde, poco a poco, fui descubriendo mi pasión por la floricultura. Aunque me di cuenta de que no sabía mucho y tenía un largo camino por recorrer y descubrir, empecé a capacitarme, a hacer cursos y a recorrer viveros de la provincia para investigar y recopilar información. Incluso construí un pequeño vivero en casa para aprender a través de la experiencia directa.

Luego de un tiempo, me asignaron horas de floricultura, y me enfrenté a una pregunta: ¿Cómo puedo enseñar de la mejor manera todo esto que sé? Reflexioné y comprendí que si yo había aprendido recorriendo viveros, no podía esperar que mis estudiantes aprendieran solo con clases expositivas o tradicionales. Entonces, pensé en la importancia de que ellos puedan construir su propio conocimiento. Por supuesto que siempre guiado y orientado con todo lo que conocía. Y comenzamos a confeccionar con ellos una guía de entrevista para que puedan que salír a buscar esa información directamente, dialogando con los productores, los verdaderos protagonistas de la floricultura en la provincia.

Así, comencé a trabajar con la metodología de aula invertida. En clase, brindo a mis estudiantes las consignas de trabajo y juntos construímos la guía de entrevista, considerando además algunos contenidos previos que fuimos abordando. Luego, ellos salen a construir su conocimiento en contacto directo con el productor florícola. Al finalizar las entrevistas, deben realizar un informe y subirlo e insertarlo en un mapa colaborativo de la herramienta Google My Maps, mencionando al productor y su respectiva ubicación. Luego de una exposición, dónde cada uno cuenta su experiencia y todo lo que aprendieron. De esta forma, pueden tener un panorama completo sobre la floricultura en la provincia.

Hace tres años que trabajo con esta metodología y, año tras año, vamos ampliando el mapa con la información recopilada. Hoy en día, ya tenemos tanta información que hasta podría escribir un libro.

Conclusión

Podemos decir con certeza que **enseñar también es aprender**. Aprendemos cuando innovamos, cuando nos equivocamos, cuando trabajamos en red, cuando reflexionamos. Aprendemos al enseñar porque ese acto nos enfrenta constantemente con lo nuevo, con lo imprevisible, con lo que aún no sabemos. En un mundo atravesado por cambios vertiginosos, tecnologías disruptivas y nuevos desafíos educativos, aprender de manera continua, invisible, situada y colaborativa es más necesario que nunca.

Como docentes, tenemos la responsabilidad y ***el privilegio*** de ser eternos aprendices.

Cómo citar: Kleiner, N., Luft, L., & Petrazzini, P. (2025, 23 de abril). *¿Cómo aprenden los que enseñan?* PROCAYPA [Entrada de blog]. Blogger.

https://productosprocaypa.blogspot.com/2025/04/como-aprenden-los-que-ensenan.html

Referencias Bibliográficas

- Alliaud, A. (2017). *Los artesanos de la enseñanza. Acerca de la formación de maestros con oficio*. Buenos Aires: Paidós.
- Anijovich, R. (2009). *La enseñanza como oficio*. Buenos Aires: Paidós.
- Anijovich, R. (2010). *La evaluación significativa. Un enfoque para mejorar los aprendizajes*. Buenos Aires: Paidós.
- Anijovich, R. y Cappelletti, G. (2018). "La práctica reflexiva en los docentes en servicio. Posibilidades y limitaciones". *Espacios en Blanco. Revista de Educación*.
- CEAD. (s.f.). 4.6 Las comunidades de práctica. En *Diseño pedagógico en la educación superior*. Pressbooks. Recuperado el 10 de mayo de 2025, de https://pressbooks.pub/cead/chapter/4-6-las-comunidades-de-practica/
- Cobo, C. & Moravec, J. (2011). *Aprendizaje Invisible. Hacia una nueva ecología de la educación*. Barcelona: Col·lecció Transmedia XXI, Laboratori de Mitjans Interactius / Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- Davini, M. C. (2008). *Métodos de enseñanza. Didáctica general para maestros y profesores*. Buenos Aires: Santillana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2001). *Rizoma*. México: Ediciones Coyoacán.
- Dussel, I. (2011). *Educación y nuevas tecnologías: los desafíos pedagógicos ante el mundo digital*. Buenos Aires: Santillana.
- Fernández, V. (2012). *Un estímulo todos los días. Propuestas para vivir mejor*. Buenos Aires: Guadalupe.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa*. México DF: Siglo XXI.
- Furman, M. (2018). *Guía para criar hijos curiosos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Litwin, E. (2014). *El oficio de enseñar: condiciones y contextos*. Buenos Aires: Paidós.
- Maggio, M. (Entrevistada). (2023). Debates sobre inteligencia artificial [Entrevista realizada por M. T. Lugo]. Educ.ar. https://www.youtube.com/watch?v=pW2irsWLeWY
- Siemens, G. (2005). *Connectivism: A Learning Theory for the Digital Age* [Artículo en línea]. Recuperado el 10 de mayo de 2025, de http://www.itdl.org/Journal/Jan_05/article01.htm